

# REVISTA LITERARIA de la S.E.Ch.

---

## SUMARIO

GERMÁN POSADA: *La Poesía de Julio Barrenechea*.  
POEMAS: Chela Reyes, Cecilia Casanova, Carmen Cas-  
tillo, Lionel O'Kington, María Silva Ossa, Ludwig Zeller,  
José Miguel Vicuña. CEDOMIL GOIC: *Homenaje a Vicente*  
*Huidobro*. EDUARDO ANGUITA: *Temblor de Cielo, Poema de*  
*Amor de Vicente Huidobro*. TEÓFILO CID: *La Mandrágora en su*  
*generación*. LUIS DROGUETT ALFARO: *Escritores de la Generación*  
*de 1938*. LUIS MERINO REYES: *Un prosista de hoy: Nicomedes*  
*Guzmán*. GUILLERMO BLANCO: *La Puerta*, cuento. RICARDO LAT-  
CHAM: *Narradores Uruguayos*. TOMÁS MAC HALE: *Guillermo*  
*Blanco y su novela corta, Misa de Requiem*. ENRIQUE LA-  
FOURCADE: *Un día de Luz de Guillermo Atías*. D. A.: *Al-*  
*fonso Reyes y la Poesía*. RECORDACIÓN DE MANUEL VEGA  
EN LIMA. *Bibliografía chilena*. Actividades de la SECH  
en 1960. RETRATO DE VICENTE HUIDOBRO DE JUAN  
GRIS.

---

## LA PUERTA

Cuento por *Guillermo Blanco*.

Hacía frío. Una neblina baja, densa, cubría la calle, envolviéndola y dando a las cosas y a la gente un vago aire de otro mundo. O de otro tiempo.

Algún perro costillado pasó, triste, por la acera. Un espectro de perro, de andar sutil, silencioso, furtivo. Uno de esos animales que dan siempre la impresión de sentirse culpables, aunque nunca se sabe de qué. De ser, quizá. Diríase que se deslizaba blandamente, sin tocar el suelo.

Cada vez más espectro a medida que se alejaba niebla adentro, terminó por desaparecer. Y pareció que no restaba nada. Que la casa y el patio y el viejo magnolio quedaban en una isla.

Cutu apretó contra sí a la muñeca y le dijo, muy quedo, que ese era el lobo. Por suerte se había ido sin sorprenderlas.

—¡Que si nos llega a ver! . . .

La muñeca semejaba compartir el miedo ficticio de Cutu con los ojos fijos, desorbitados, de su tonta cara de trapo. Su corazón de aserrín debía de estar lleno de alivio, pero todavía encogido de temor, de puro imaginarse lo que pudo ocurrir a las dos, solas bajo ese árbol gigante, que daba la impresión de hundirse en las nubes igual que la planta de arvejas del cuento.

Cutu comenzó a cantarrear.

Jugaba a la dueña de casa. Sus manitas se afanaban con supuestos muebles y utensilios de cocina: sacudía aquí, barría allá; preparaba en ficción algún postre, una sopa, una tortilla. De cuando en cuando interrumpía el tarareo

para regañar a su inmóvil compañera:

—¡Estese quieta, pues mijita! No me deja trabajar tranquila.

Puso la mesa. La mesa era un tabla, equilibrada sobre un cajón de azúcar. La vajilla y los platos, como los guisos, pertenecían al exclusivo reino de la mente de Cutu. Mas no eran por eso menos reales: al contrario, tenían la realidad de las cosas necesarias. Una realidad cambiante, móvil, que se adaptaba a las necesidades de cada juego.

Cutu cantaba. Desde el alféizar de la ventana, con lento y largo pestañeo, Cholo, el gato negro, la observaba displaciente. A diferencia del perro y de la muñeca, Cholo era el único de los amigos de la niña que a veces parecía dudar de su universo, mirarlo desde el punto de vista de las personas grandes. Había montañas de escepticismo en sus ojos amarillentos, siempre sumidos en pálida modorra. Cutu se desconcertaba con su actitud cachazuda, casi zumbona, cuando lo invitaba a jugar.

Ahora, sin embargo, no hacía falta su ayuda. Ahora, de un brochazo, Cutu lo había reducido al papel de un simple elemento decorativo: era un cojín de felpa.

—¡Podrías haberte lavado la cara, si quiera! —increpó a la muñeca.

Cutu se encontraba en una isla. En torno a ella no existía sino un océano de niebla y silencio. Nada existía, fuera del magnolio, la muñeca, la mesa y, secundariamente, Cholo. En el silencio

perfecto, la canción improvisada de Cutu poseía un eco transparente:

—*La vida,  
la vida y el amor. . .*

María, la hermana mayor de la chica, se asomó a la ventana. Con sus dedos blancos, finos, comenzó a acariciar a Cholo lentamente. Miraba sin mirar: un par de ojos grandes, nigérrimos, en un rostro ovalado, de tez apenas morena. La imagen de lo que sería Cutu en quince años más.

Quizá qué pensaba María. Siempre se detenía en medio de sus tareas domésticas para ponerse de codos en la ventana, perdida la vista en la distancia, o como ahora, en la bruma inerte. Así permanecía hasta que, desde adentro, la voz de su madre le recordaba que aún había mucho que hacer. O hasta que algo —un transeúnte en la calle, un auto, un grito de chiquillo— la sacaba de su abstracción.

Un ruido de pasos comenzó a oírse, fantasmal, en la niebla.

La muchacha pestañeó, miró en torno. No se veía nada. El ruido, sin embargo, iba acercándose pausadamente. Y poco a poco se materializó, vaga al principio, la figura de un hombre que avanzaba sin prisa. El Cholo dejó de runrunear y miró también, curioso. Un brillo momentáneo iluminó sus pupilas color limón.

Bajo el árbol, Cutu seguía entonando ese aire cuya letra ella misma inventaba:

—*La vida, la esperanza,  
amor con desesperación. . .*

El extraño se acercó a la verja, se detuvo, se apoyó en uno de los barrotes. Era alto, delgado, de anchas espaldas, sobre las que reposaba un saco lleno a medias. Había visto a Cutu y la observó, sonriente. Vagaba en su sonrisa una como nostálgica ternura.

La niña continuó jugando, sin percatarse de su presencia. Perdido el interés, el Cholo tornó a runrunear.

María se dijo que el hombre era hermoso. Quizá de dónde vendría, con su saco, su figura apuesta y su aire de bondad. Quizá qué tierras habría recorrido con su andar de trancos largos. Quizá. Quizá tenía una novia, o quizá buscaba una novia, igual que el héroe de "Camino de esperanza". Quizá.

No la había visto, y ella aprovechó para sonreírle. En su rostro se dibujó esa expresión inefable que la iluminaba a veces, cuando se quedaba estática en medio de sus labores, sin pensar en nada o pensando en cosas demasiado imprecisas incluso para ella misma.

El forastero contemplaba embelesado a Cutu.

—Hola —le dijo.

Cutu se dio vuelta, sorprendida. Un susto enorme se apoderó de sus ojillos de becerra. Espantada, se levantó, corrió sin tino hacia el interior de la casa, cerrando la puerta de un golpe. No pasó hasta llegar al fondo, a la falda tibia y protectora de la madre.

Afuera, el hombre permaneció un instante pensativo, sin apartar la vista de la puerta cerrada. Su sonrisa se quebró, se plegó, se tornó triste. A paso lento reemprendió el camino. La bruma comenzó a devorarlo poco a poco, como con refinamiento. Dejaba atrás, sin verlas, la expresión amable de María y sus manos suaves, finas, que acariciaban en forma mecánica al Cholo.